



Cuadro I.

Princesa, Seta. Gondán.  
Vaíor, Sr. Angolotti.

Sidi-Makén, Sr. Uliverri.  
Merlín, Sr. Sofana.

Noema, Seta. Uliverri.  
Selim, Sr. Muro.

Ceiso, Sr. Camacho.

## LA LEYENDA MORA

Zarzuela dramática en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original de J. Pastor Rubira, música del maestro Jerónimo Jiménez, estrenada en el teatro Martín.

PASTOR RUBIRA, el ingenioso autor que con *Amor ciego* y *La perra chica* afirmó su popularidad en la temporada anterior, ha obtenido un triunfo completo con su nueva zarzuela *La leyenda mora*, primer estreno que ha ofrecido al público la afortunada empresa del teatro Martín.

El éxito franco y grandioso que obtuvo la nueva producción se explica fácilmente.

*La leyenda mora* es obra para todos los gustos: decorado espléndido, trajes vistosos, música alegre unas veces, valiente y pasional otras; versos robustos, sonoros; escenas de gracia, bailables. Pero ante todo y sobre todo, *La leyenda mora* es una obra altamente teatral. El Sr. Pastor Rubira se propuso, sin duda,

cautivar al público con efectos teatrales, y en este sentido el autor ha triunfado en toda la línea.

La obra se desarrolla en pleno califato de Córdoba. Noema, favorita del Califa, adora á su señor con todo el ímpetu pasional del alma africana. Era Noema en Granada la doncella en que Alá supo reunir todas las hermosuras y todos los encantos. Conocióla el Califa, y prendado de su belleza ideal la llevó á Córdoba é hizo de ella la favorita de su harén. Andando el tiempo, llegó á los oídos del caprichoso Califa que allá, en tierras de Castilla, guardaban los ejércitos cristianos una mujer que era compendio de gracias y hermosuras: la Princesa cristiana. Y en este preciso instante, cuando todo el



J. Pastor Rubira,  
autor del libreo.



Jerónimo Jiménez,  
autor de la música.



Noema, Srta. Uliverri.



Sidi-Hakén, Sr. Uliverri.

Fot. Verónis.

mundo en palacio entona himnos de triunfo para las tropas moras que, por orden del Califa, fueron en busca de la Princesa, empieza la obra, cuyo primer cuadro se desarrolla en el harén. Aparecen las odaliscas reclinadas en sus cojines, y Noema, la celosa favorita, bajo el dosel de la otomana que le sirve de trono. Después de un número de música brillante é inspirado, aparece Merlin, viejo consejero de palacio, que se extraña de ver tristes á las odaliscas y abatida y llorosa á Noema. Cuéntale ésta sus celos, sus temores de que la Princesa pueda robarle el amor del Califa, en el que cifra toda su ventura, y por el que está dispuesta á los mayores sacrificios, y

Merlín la consuela, asegurándole que el Emir no puede amar á una mujer cristiana *sin romper el misterio de la leyenda mora*.

— Ven conmigo — le dice —, yo te contaré esa leyenda; toda... menos el final. ¡El final invéntalo tú si el Califa rompe la leyenda!

Selim, un esclavo moro, siente amores por Zulima, una odalisca hermosísima del harén, y al verse solo, quiere contarle sus cuitas y la llama. Pero ella no le quiere y, burla burlando, se ríe de él. El moro, que es un tipo llorón y feísimo por añadidura, amenaza al objeto de sus ansias con un puñal y un frasco de veneno, y la chica huye de él como al-



Cuadro II. Selim, Sr. Muro.

Celo, Sr. Camacho.

Zulima, Srta. Bajatierra.

Fot. Franzen.



Cuadro III. Noema, Seta. Uliverri. Odalisca, Seta. Reparaz. Princesa, Seta. Cendán. Sidi-Hakén, Sr. Uliverri.  
 Selim, Sr. Muro. Merlin, Sr. Solans. Zaida, Seta. Arrosamena. Celso, Sr. Camacho.

cial pujanza que muestran su elevada inspiración y su arte de instrumentista.

Y no debemos terminar sin hacer un efusivo elogio de los artistas que interpretaron *La leyenda mora*.

La Srta. Uliverri, en primer término, dió al personaje de Noema los diversos matices que exige el personaje. La Srta. Cendán, en el papel de la Princesa, convenció á todos con la arrogancia de su figura y con la belleza de su

semblante. Muy bien las Srtas. Bajatierra y Arrosamena.

Severo Uliverri caracterizó con sumo acierto el personaje de Sidi-Hakén. Camacho y Muro, en sus cómicos papeles, hicieron aplaudir, y completaron el conjunto muy acertadamente los Sres. Solans y Angoloti.

La empresa ha puesto la obra con esplendidez, presentando tres preciosas decoraciones del notable escenógrafo Sr. Gayo.



Selim, Sr. Muro. Zaida, Seta. Arrosamena. Princesa, Seta. Cendán. Noema, Seta. Uliverri. Valor, Sr. Angoloti. Celso, Sr. Camacho.  
 Odalisca, Seta. Reparaz. Merlin, Sr. Solans. Sidi-Hakén, Sr. Uliverri. (Foto. Franzen)

ma que lleva el diablo. A continuación, el autor pone frente a frente al Califa y a Noema. Y en una escena interesantísima increpa con valentía la favorita al Califa, echándole en cara la deslealtad de su amor. Pero él, preocupado tan sólo por el recuerdo de la Princesa, atormentado por la incertidumbre que inquieta su alma, no oye a Noema, que llora y suplica en vano. El Emir llama a sus odaliscas, bebe un licor que adormece y sueña. Noema arrulla con sus cantos el sueño de su amor, y dos bayaderas bailan. El Califa sueña amores junto a Noema y acaricia sus cabellos, diciéndole flores pasionales; pero suena en los labios del Califa el nombre de la Princesa, y Noema se levanta con rabia, interrumpiendo el sueño del Califa. En este instante Merlín anuncia a su señor que las tropas moras acaban de entrar en palacio con la Princesa cristiana, y a una orden del Emir desfilan ante él las tropas y entra la Princesa escoltada. Y con un número musical de mucho efecto termina el primer cuadro.

El segundo se desarrolla en el jardín del palacio. Celso, criado de la Princesa y prisionero también, cuenta sus cuitas; pero tiene el consuelo de haber visto en palacio mujeres muy hermosas, y piensa con cómica fruición hacer de la prisión una especie de serrallo donde vayan a rendir los amores las encantadoras moritas del Califa. ¡Pero sobre todas, el buen Celso cree haber chillado a Noema! Embebido en estas agradables disquisiciones, le sorprende la llegada de Zulima y Zaida, y cantan los tres un número que es un modelo de gracia y picardía. Terminado el número, Zulima le dice que quiere hablarle a solas y que la otra le estorba.

Despacha Celso a Zaida, y ya solos, Zulima le declara su amor. Y cuando ambos se disponen a conjugar el verbo amar, surge Selim y, al ver a Zulima dulcemente abandonada en brazos de Celso, les increpa. Zulima huye

y quedan ambos frente a frente, sosteniendo una escena graciosísima.

Tras esta escena hay otra entre Noema y Celso, en que éste declara su amor a la favorita. Y cuando más embebido está ve venir al Califa tras la Princesa, y hace mutis, lo mismo que Noema.

El Califa canta su amor a la Princesa en unas preciosas quintillas que arrancan el aplauso unánime del público; la Princesa le dice que no puede amarle, que no le amará nunca. Insiste él con exquisita ternura, con pasionales arrebatos, ofreciéndola todas las riquezas y todas las bellas cosas que sólo una imaginación oriental puede concebir. Pero la Princesa le desprecia y se aleja repitiéndole su más rotunda negativa.

Noema, que ha estado oyéndolo todo, quiere consolar con sus caricias la amarga tristeza de su dueño, y surge un dúo valiente, rico en melodía, plétórico de instrumentación, amoroso y tierno unas veces, impetuoso y pasional otras; es como arroyo que murmura y como catarata que se desborda. Por última vez suplica Noema al Califa; desprecia él, y entonces ella, sola, desesperada, con un infierno de celos en el alma, jura vengar de una vez la traición del Califa.

El cuadro tercero ocurre en el salón del trono. Van a coronar sultana a la Princesa y es día so-

lemne en palacio. Cantan las odaliscas y danzan alegres las bayaderas, a compás de sus pintadas panderetas.

Está en el salón del trono toda la corte mora. El Califa ruega a Merlín que cante en una leyenda la hermosura de la Princesa. Se adelanta Noema y dice al Emir que quiere ella dedicar ese honor a la nueva soberana... y en lugar de una leyenda cuenta la historia de sus amores con el Califa.

Y cuando todos están pendientes de la narración; cuando Noema termina la supuesta leyenda, en que una



Sidi-Hakén, califa de Córdoba, Sr. Oliverri. Fot. Verónis.

odalisca celosa venga su honor matando á su dueño, saca una gumiá y la hunde en el pecho del Califa, que cae muerto en brazos de un capitán de sus tropas. Pide éste justicia para el Emir, avanzan los moros hacia Noema pidiendo justicia, y Merlín les contiene con un ademán, ampara con su cuerpo á Noema, y exclama:

¡Haced justicia en buen hora!  
Justicia, pero para ella;  
que al matar á quien adora,  
vengó su honor de doncella  
como en *La leyenda mora*.

El éxito alcanzado por la zarzuela de Pastor Rubira y el maestro Jiménez no ha podido ser más espontáneo.

El público que asistió al estreno, y que llenaba por completo el salón, obligó á presentarse en escena al músico al finalizar el segundo número, haciéndole una manifestación estruendosa, y desde este punto no cesó de aplaudir las situaciones dramáticas en que la obra abunda y los cantables.



Sidi-Hakén, Sr. Uliverri.

Noema, Srta. Uliverri.

En honor á la verdad, el gran éxito alcanzado por los autores de *La leyenda mora* está perfectamente justificado.

La fábula es altamente interesante, y el Sr. Pastor Rubira, al desarrollarla, ha tenido el acierto de disponer con habilidad las situaciones cómicas y dramáticas sin que las primeras perjudiquen, como suele ocurrir en obras planeadas con menos maestría, al lógico desenvolvimiento del asunto, distrayendo la atención del espectador y restándole interés.

De la música basta decir, para dejar hecho su mejor elogio, que lleva la marca de fábrica. Jerónimo Jiménez es de los compositores que tienen estilo propio, que hace inconfundibles sus obras. En la partitura de *La leyenda mora* hay números que revelan

la espontaneidad que ha caracterizado siempre la música festiva de Jiménez, y otros de bélicos acentos y de mar-



Cuadro II. - Zaida, Srta. Arrosamena.

Celso, Sr. Camacho.

Zulima, Srta. Bajatierra.

Fots. Franzen